

obligó á repetir que creía de todo corazon que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (1).

No quiero detenerme á recopilar testimonios, que aunque innumerables, no tendrian mas autoridad que la que presta uno solo. Los Concilios de Florencia y de Trento, los Padres san Ireneo, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Bernardo, la Iglesia universal, todos los teólogos católicos convienen unánimes y prestan apoyo á mi asercion. Compadécense todos de la suerte de aquellos, que, como de los bramires refiere un historiador cristiano, presentan un género de vida en un todo semejante al de los mas austeros anacoretas, y porque les falta la fe, perecen irremediamente; no porque la infidelidad sea pecado en los que nunca oyeron las verdades reveladas, sino porque la culpa que contraen con la naturaleza, y la que añaden por lo ménos no reconociendo y amando al verdadero Dios, luego que empiezan á usar de su razon, no puede remitirse sino por los méritos del Redentor del género humano; y estos no se comunican á los que no tienen noticia de la redencion. Sin necesidad pues de mas pruebas, creo haberos persuadido de la necesidad de la fe para conseguir la felicidad, y del orgullo de los filósofos que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. Infelices! no advierten que se hacen mas acreedores, y experimentarán con mas rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oídos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fe: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto por nuestras infidelidades la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por mas que aparente repelernos como á ella, que por fin viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por mas difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

(1) *Act. c. 8. v. 36 et 37.*

## SERMON.

### DE LA GENEROSIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA PARA CON LOS PECADORES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA  
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

*Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.*

Quieres ser sano?... Levántate, toma tu lecho, y anda.

*S. Juan, c. 5. v. 6 y 8.*

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el origen ó establecimiento de la Religion, con poner en ejercicio todos sus ardidés, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de decretos impíos, de aterradoras amenazas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fe á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden en parte estas traidoras sugerencias, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos

(1) En la pág. 163 del tomo primero de los sermones de *Mision*, hay uno de Neuville para este dia sobre la necesidad de servir á Dios desde la juventud.

en razon de la resistencia que se le opone, no pára hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos, su fe nunca apagada, su obediencia y amor hácia el Autor soberano de su vida.

Así es á la verdad, cristianos; pero ¿me permitiréis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevaréis á mal que con mi acostumbrada sinceridad os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura porque vuestro desengaño no es completo? Decídmelo si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? quién ha dicho un eterno *á Dios* á sus desórdenes? quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, en lugar de las sacrosantas verdades del Evangelio, yo veo pulular entre los cristianos las carnales y groseras máximas de los Epicuros, Espinosas y Rousseaus, y los delirios de los charlatanes Diderotes y Voltaires. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias de que la Religion cristiana se vale de horribles calabozos, de hogueras abrasadoras, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. Funesto engaño! No negaré que alguna vez use de rigor, pero esto lo hace tansolo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano; cuando rebeldes y obstinados de ningun modo quieren volver á su gracia; cuando rehusan el perdon que gratuitamente les ofrece; cuando desprecian sus avisos, sus correcciones, sus misericordias; y aún en estos casos sostengo ser falso, absolutamente falso que se valga de esos medios infernales, que por retraeros de volver á su gremio, propalan sus astutos enemigos.

Si queréis persuadiros de esta verdad, acercáos conmigo á leer el Evangelio de este día. En él veréis que en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que de otra suerte perecerian sin remedio. Acercáos al sagrado tribunal de la penitencia, y veréis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalem, sino llamados, atraídos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros,

á participar todos, todos sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor. Venid á examinar de cerca esta prodigiosa piscina, y oiréis repetir mil veces la invitacion de Jesucristo al enfermo de 38 años: *vis sanus fieri?* y conceder repentinamente la salud á los que, como aquel, la desean de corazon, por mas arraigados que estén sus vicios y por grande que sea su debilidad.

No esperéis que venga á divertirnos con frases pomposas, con un peinado y elegante discurso; pero tampoco debéis temer que haya de aterraros con los espantosos juicios del Señor. Haceros creíble y amable nuestra divina Religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, he aquí mi principal, mi único objeto. Pedid rendidamente al Señor que supla con la influencia de su poder y sabiduría lo que á mí me falta para desempeñarlo con acierto, por la intercesion de nuestra amabilísima Protectora. *Ave María.*

Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituídos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia que inflexible le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder que le asegurara el perdon de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el mas detestable, y se viera precisado á renunciar la fe del verdadero Dios.

Qué ceguedad tan funesta! ¿qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y mas aún de lo que él ni se atreveria á desear, se lo ofrece la Religion; y él ó no lo ve, ó tiene la insensatez de despreciarlo.

Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la Religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele

ver sin duda en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana, lleno siempre de furor contra todos sus individuos, lanzando á todas partes los rayos de su indignacion, y avivando con el soplo de su ira las llamas del infierno. ¡ Atroz, injuriosa, infinitamente ofensiva es por cierto semejante idea respecto á un Dios cuya misericordia y amor al hombre no tienen límites! Subid hasta el origen de la Religion divina, y por su carácter os convenceréis de tan horrenda falsedad.

Adan, el primero, el mayor en cierto sentido de los pecadores, es amorosamente buscado y dichosamente conducido á la bienaventuranza en las alas de esta Religion. Continuando despues la admirable historia de sus progresos y vicisitudes, consultád á tantos pecadores, á tantos gentiles, á tantos incrédulos, que por la clemencia infinita de Dios han abjurado sus errores y abandonado la senda del vicio; consultádos, y no solo les oiréis decir como á David (1), que son innumerables las misericordias del Señor, sino que veréis sus ojos anegados en llanto, al recordar el tiempo que han perdido en seguir con la mayor ansia una vana sombra de felicidad, exponiéndose á perder la verdadera, la única capaz de llenar en el modo posible el inmenso vacío de su corazon. Presentáos en la corte de Faraon; bajád al abismo que abrió paso al pueblo de Israel; atravesád aquel árido y dilatado Desierto; subid á la cumbre del Sina; preguntád á las aguas del Jordan, á los muros de Jericó, al fértil suelo de la Palestina... Pero no, no quiero que os toméis tanta molestia, para persuadiros de lo que ama Dios al hombre, de los estupendos é incesantes prodigios obrados en el seno de la Religion en beneficio de unos seres rebeldes, idólatras é incrédulos. No os enviaré á preguntar al impío Caín, á los fraticidas hijos de Jacob, á los extremadamente criminales ninivitas, al rey adúltero y asesino, á los mas famosos pecadores, cuál es la conducta que observó con ellos la Providencia, luego que se determinaron á reconocerla. Nosotros estamos mucho mas adelante: Nazaret, Belen, Samaria, Betania, Jerusalem, el cenáculo, el huerto de las Olivas, el monte Calvario... Ah! ¡ cuántos y cuán elocuentes panegiristas tiene la misericordia ilimitada del Señor! ¡ Cuántas y cuán auténticas son las escrituras, en que se obliga de un modo irrevocable á perdonar y

(1) II. Reg. c. 24. v. 14.

olvidar completamente todos los pecados, admitir de nuevo á su gracia y restablecer en el derecho á su gloria á todos los pecadores que de veras lo solicitan! ¡ Cuántos y cuán irrecusables son los testimonios que nos ofrece de un amor extremado, de un amor divino, de un amor infinito!

Pero aún es poco todo esto: ya debemos considerar como poco expresivas las consoladoras y enérgicas parábolas de la mujer que halla la dracma perdida, del pescador que indistintamente reúne en su red todo género de peces, del pastor que lleva sobre sus hombros la oveja extraviada, del padre que hace los mayores extremos de amor con el hijo rebelde...; todas estas figuras deben huir á presencia de la realidad: todos estos y los demas símbolos de nada pueden servir á quien ha visto un Dios hecho hombre, cargado de todas las miserias, marcado con el sello de la culpa acercarse á la piscina, en que solo podia sanar ántes el que llegaba primero al movimiento de las aguas, y convidar al paralítico que no tenia quien le condujera, instarle, darle en fin la salud que tanto anhelaba.

Ó amorosísimo Redentor! y se gloria de su saber el incrédulo? ¿Será racional el hombre que acusa de severa é intolerante la Religion que vos mismo fundasteis? ¿Será posible que cuando todos los seres irracionales y aún sin vida publican vuestra divinidad, vuestro poder, y le excitan al conocimiento y amor de vuestras bondades, solo él se obstine en desacreditar é impugnar la Religion que las predica? Permitidme, Señor, que le diga que parece en efecto fundada su incredulidad, porque increíble parece que haya perdon para ofensas de esta especie. Semejante perdon preséntase como incompatible con vuestra honra, como depresivo de vuestra majestad; tiende á posponer vuestra gloria á la gloria del hombre, á fomentar la insolencia del soberbio que se jacta de burlarse impunemente de vuestra grandeza, de vuestra justicia, de vuestra santidad...

Pero dónde voy conducido por mi exaltacion? Así opina el insensato que no tiene mas ideas de la Divinidad, que las que le sugiere su orgullosa pero débil razon; así opina el incrédulo, mas no el verdadero creyente, que ve correr en el Calvario la sangre é inmolar una víctima omnipotente, infinita, cuyo precio es mayor sin comparacion que la injuria que todos los hombres y todos los ángeles pudieran hacer á su Dios, aunque estuvieran pecando incesantemente por toda una eternidad. No

formará este juicio el católico, sabiendo que se le aplican en el baño saludable de la penitencia los méritos de un Dios, que se hizo hombre para restablecer al hombre en la gracia de su Dios, de un Hombre-Dios que muere, por dar vida eterna al hombre soberbio que con su rebelion atrajo sobre sí la muerte, cuya sentencia no habia salido aún de los labios del Criador.

Y ¿quién en vista de unas demostraciones tan palpables de la misericordia divina se obstinará en desconocerla? Deponéd, pecadores, deponéd ese vano y pueril terror que os aleja de la Religion, que os la hace despreciable y odiosa. No creáis que para vosotros está interceptado el camino de la salud; no os persuadáis á que solo el que logre tocar el primero las aguas de la piscina, conseguirá la curacion de sus dolencias. Todos los enfermos, todos los cojos, todos los ciegos, todos los paralíticos son igualmente admitidos, llamados, atraídos á este baño saludable; todos los pecadores son acogidos con clemencia, cuando vuelven reconocidos al seno de la Religion cristiana. Desengañaos; esta nada tiene de terrible y austero; su carácter es muy diferente, es diametralmente opuesto á la idea que os ha hecho formar un enemigo, que os aborrece á vosotros tanto como á ella: es su carácter de paz, de dulzura, de amor. No sabe querer el mal, por lo que aún al mayor impío desea, procura, ofrece todos sus bienes. Conociendo la miseria del hombre, su objeto principal es aliviarle, ponerle á salvo de sus desgracias á que esta le conduce. Á todos les pregunta llena de dulzura, *vis sanus fieri?* ¿queréis libraros de esas cadenas opresoras en que os tiene enredados el demonio? y solo con acceder, con solo manifestar un ligero deseo, ella misma les ayuda, les presta fuerzas, los conduce por la mano al puerto de salvacion.

El divino Fundador de esta Religion desplegó en el tiempo de su carrera mortal el mismo carácter de tolerancia y benignidad. Despreciando los insultos de los groseros judíos, se familiariza, se acompaña públicamente con los usureros, con las adúlteras, con los pecadores mas escandalosos; y cuando el hipócrita fariseo murmura acerca de esta conducta, le responde amoroso, que el fin de su venida á la tierra ha sido precisamente sacar á los pecadores del abismo de su miseria, salvarlos de su perdicion (1). Y por si acaso sus promesas no han logrado

(1) *Luc. c. 19. v. 10.*

desengañarlos completamente, recurre á hechos positivos: permite que uno de sus amigos, un apóstol, un Pedro dé una lastimosa caída en el tiempo mismo que está palpando el cumplimiento de las profecías, que demuestran hasta la evidencia la divinidad de su persona; y léjos de abandonarle en justo castigo de su enorme crimen, parece como que se olvida de los tormentos que está padeciendo, por atender á la urgente necesidad de su apóstol. No es dado á la lengua de un mortal el declarar los sentimientos, las ideas, los afectos que excitó en el espíritu del delincuente discípulo la expresiva mirada de su benignísimo maestro. En vez de reconvenirle por tan fea ingratitud, le da pruebas mas decisivas, mas relevantes, mas finas del abrasado amor que le profesa; le infunde aquel don de lágrimas con que logró extinguir el fuego de la divina indignacion, que de otra suerte le hubiera devorado; aquel espíritu de penitencia, con que al momento quedó su alma tan pura como si jamas hubiera estado manchada con la culpa; aquella fortaleza, con que en presencia de los jueces publica la divinidad del Nazareno, la obcecacion de los pontífices, el horroroso atentado de las turbas, el deicidio imperdonable del pueblo judío; aquella caridad que no solo le hace digno del perdon, no solo santifica su alma haciéndole participar el copioso fruto de la redencion, sino que le hace acreedor al honor mas elevado, á la mas excelsa dignidad que vió jamas el mundo, al cargo de administrador supremo de todas sus gracias, pastor de los mismos apóstoles, su vicario, ó lugarteniente en la tierra, sumo sacerdote de su Iglesia, centro y cabeza de su divina Religion.

Detengámonos un momento á ponderar semejante conducta. ¿Qué os parece mas digno de admiracion en Jesucristo, la generosa clemencia con que perdonó el pecado de Pedro, ó la sábia economía con que por su medio quiere facilitar á todos la remision de los nuestros? En el momento en que el imprudente discípulo consume su enorme crimen, es completamente perdonado, buscado, engrandecido por aquel Señor á quien acaba de ofender: él es precisamente elegido para dispensador de todas las gracias; en él se deposita la potestad suprema para perdonar á los pecadores; él es el sacerdote superior, el maestro universal de la Religion cristiana; á él se le confiere la facultad de enviar por todo el universo ministros inferiores; se le autoriza para dictar leyes á la Iglesia, y prescribir las reglas

que debe observar en la augusta ceremonia de perdonar los pecados.

Hé aquí, señores, los que movidos de un celo indiscreto censuráis tan agriamente los desórdenes del clero; los que miserablemente seducidos juzgáis desacreditar la Religión, ponderando los excesos de sus ministros, hé aquí uno de los designios que emplea la Providencia, para proporcionaros á vosotros el perdón y la misericordia! Cierto es; los sacerdotes sucumbimos también á la tentación; nos dejamos arrastrar de la fogosidad de nuestras pasiones; pecamos; pero lo permite un Dios infinitamente bueno, que no lo haría así, como dice san Agustín, á no saber que de esta permission han de resultar incalculables ventajas: lo permite para que sepamos por experiencia propia, cuánta es la debilidad de nuestra naturaleza, cuánta la violencia de nuestras pasiones, y cuán tristes los resultados de la culpa. Permite que tengan necesidad de ser perdonados los que tienen la comision de perdonar á los otros, para que aprendan en sí mismos la conducta que deben observar con sus hermanos, para que los traten del modo que ellos desean ser tratados. Permite que Pedro caiga en la tentación, para que pueda dirigir sabiamente á todos los ministros de la Iglesia, exhortándolos á que imiten con sus penitentes la conducta que Jesucristo observó con él, llamándolos con instancias, buscándolos con esmero, atrayéndolos con agrado, concediéndoles la absolucion de todas sus culpas, por mas graves y numerosas que sean, en el momento que las detesten con sinceridad, y franqueándoles todos los tesoros de su Iglesia.

Ya me parece oír á algunos, que vienen á contradecirme con la conducta de muchos ministros, cuya excesiva severidad despiden á los penitentes sin dispensarles el beneficio de la absolucion, ó los sujeta á pruebas demasiado rigurosas, impracticables. Mas yo les respondo, que todas las pruebas y medios de que nos valemós no tienen otro objeto que asegurarnos, en el modo posible, de la sinceridad del arrepentimiento; y así ninguno, á no hacer una manifiesta traición á su ministerio, deja de otorgar el perdón de sus culpas al que encuentra verdaderamente arrepentido de ellas. Por grandes, por enormes, por innumerables que sean los pecados, todos quedan perdonados al que de corazón los detesta.

Esta fué en todos tiempos la práctica de la Iglesia de Jesu-

cristo, que bien penetrada del espíritu de su divino fundador, arrojó de su seno á los soberbios que pretendían cerrar á ciertos pecadores las puertas de la reconciliación. Esta bondadosa madre no solo acogió siempre con amor y dulzura á cuantos han pretendido de veras volver á la gracia de su Dios, sino que se ha valido de todos los recursos practicables, para atraer á los infelices que alucinados con la idea de la falsa prosperidad que suponían hallar en el vicio, ó acobardados á vista de la gravedad y multitud excesiva de sus culpas, permanecían en el camino de la perdición: ha procurado infundir en los que parecía hallarse en una absoluta impotencia, el espíritu, la decision necesaria para reparar los perjuicios que habían ocasionado á sus hermanos y aún á todo el cuerpo de la Iglesia, dándose por satisfecha con un deseo sincero de repararlos; ha ofrecido incesantemente sus oraciones al Señor, y las ha multiplicado en proporcion al aumento de los desórdenes; ha presentado todos los días la hostia santa ante el trono de las misericordias por sus hijos pervertidos y rebeldes; ha llorado con indecible amargura la desventurada desercion de los infelices traidores al juramento de fidelidad eterna que le tenían prestado. Ah! ¿cuál os parece será su sentimiento, viendo que á pesar de sus amorosas muchos de sus hijos corren presurosos, ciegos y frenéticos á precipitarse en el mas horroroso abismo sin detenerse á escucharlas; cuando los ve burlarse con la insensibilidad de los delirantes, del amargo llanto que derrama por ellos; cuando considera que su perversidad y sus blasfemias inutilizan las súplicas fervientes que dirige por su conversion al trono de las misericordias?

Más todavía: si un celo indiscreto arranca alguna vez á alguno de sus ministros expresiones mas fuertes de lo que dicta la prudencia contra los extraviados rebeldes, trabaja con fervor esta Religión de paz y mansedumbre por recordarles que son nuestros prójimos, nuestros hermanos; que si la ignorancia, la pasión, la miseria de nuestra condicion nos incitan á perseguirlos, ella no quiere otra venganza que el sufrimiento, el olvido de las injurias, el amor y la oración. Son inexplicables el espíritu y la intencion con que ofrece las penitencias, las mortificaciones, las limosnas, las lágrimas, los ruegos, los sacrificios, los méritos de sus verdaderos hijos en beneficio de los que, obstinados en su ceguedad, se resisten á volver á su gremio.

Ahora bien; yo os ruego que me respondáis con ingenuidad; esa filosofía falaz ¿sabe conducirse de este modo con los que supone ser sus enemigos? Ah! por el contrario, á pesar de su decantada filantropía, de su ominoso tolerantismo, de sus fingidas promesas de felicidad, castiga inexorable la menor de sus injurias con la persecucion y la muerte; se enfurece con la mas leve sospecha de poca adhesion á sus proyectos. No, el hombre que no pertenece á la Religion divina, que no participa de su espíritu, no puede jamas olvidar las ofensas de sus semejantes, amar á sus enemigos, rogar por ellos con toda la vehemencia de su corazon. Semejante idea no puede engendrarse en el entendimiento del hombre; solamente la Religion es capaz de enseñársela, porque es parto suyo, como que lleva consigo el sello de la Divinidad.

Acudamos pues todos á este puerto de salvacion. Lleguemos presurosos; no queramos perder esta oportunidad tan ventajosa que nos presenta, abriéndonos las puertas de la misericordia. Escuchemos sus voces amorosas: *Vis sanus fieri?* nos dice como Jesucristo al paralítico: ¿queréis conseguir una remision completa de todas vuestras culpas? queréis purificar vuestras almas en la sagrada piscina? Venid á mí; venid sin temor ni recelo alguno. Ya habéis visto que con solo reconocer sus extravíos, confesar su debilidad y pedir de buena fe el perdón, lo obtienen en el momento los herejes, los impíos, los mas insignes pecadores. Venid á mí; acogéos á mi piedad que á todos alcanza; pedidme el perdón, y aún sin pedirlo, con solo desearlo lo conseguiréis. Venid; que para los que llegan contritos y confiados, no tengo esas hogueras, esos horribles tormentos con que procuran intimidaros algunos poco instruídos en la verdad, ó demasiado adelantados en la malicia; tengo sí dispuestos unos deliciosos baños, una saludable piscina, cuyas aguas refrigerarán el fuego de vuestra concupiscencia, mitigarán el volcan de vuestras pasiones, os limpiarán completamente de la lepra mas inveterada, desarraigarán las enfermedades mas envejecidas, cicatrizarán las llagas mas profundas y cancerosas, y asegurarán vuestra salud eterna. Venid, aunque hayáis contraído las obligaciones mas inviolables, aunque hayáis firmado las escrituras mas fuertes, aunque con todo género de juramentos os hayáis sujetado á lo contrario. Venid confiados; yo os ofreceré los medios mas oportunos y seguros para evadi-

ros de todos vuestros compromisos, para superar tantas dificultades. Yo tengo autoridad para romper esas infames escrituras, para anular esos impíos juramentos, restableciéndoos en el ejercicio de una santa y entera libertad. Venid; no temáis la indignacion de una madre á quien habéis injuriado, causado tantos perjuicios, robado tantos hijos, deshonorado con tantas blasfemias, manchado con tan abominables torpezas, y herido en lo íntimo de su corazon con tan enormes sacrilegios: yo doy al olvido todo esto en el momento que volvéis á mí, y solamente tomaré las saludables precauciones que juzgue necesarias, para evitar la recaída, y haceros caminar sin intermision por el camino que solo puede conducirnos á la mansion de los bienaventurados.

Qué hacemos en este estado de inaccion, pecadores? Resolvámonos de una vez; marchemos presurosos á ese puerto de salvacion; corramos á ampararnos de él, ántes que se nos cierren las puertas. Y pues él solo es capaz de asegurar nuestra libertad, nuestra independenciam, nuestra eterna dicha, acojámonos á su amparo y aseguremos para siempre tan preciosos objetos. Amen.